

GUSTAVO ELOY PONFERRADA

INTRODUCCION AL TOMISMO

BIBLIOTECA ARGENTINA DE FILOSOFÍA



**CLUB DE LECTORES
AVENIDA DE MAYO 624
BUENOS AIRES**

CAPITULO X

DIOS

a) *El problema de Dios*

La investigación filosófica, en su búsqueda de las causas de las cosas, culmina en el descubrimiento de una causa primera, principio real de todo ser y por ello fundamento de la realidad total. Partiendo de las cosas, busca sus causas y termina en un *principio absoluto* que reúne los caracteres que el sentido común atribuye a la divinidad y por ello se identifica con Dios. La noción de "Dios" tiene un origen religioso; los filósofos ven coincidir con ella a la causa última del ser y naturalmente se apropian de esta noción, no sin elaborarla según su propia perspectiva.

Tal fue la visión que tuvo Santo Tomás del problema filosófico de Dios a través de sus estudios de los pensadores antiguos y medievales que conoció. No era ésta, en general, la de los pensadores cristianos: el mundo en que vivían era profundamente religioso y la *existencia* de Dios se aceptaba como una certeza indiscutible; el problema se planteaba más bien respecto a su *naturaleza*: si era uno o múltiple, si era immanente o trascendente al mundo, si era material o espiritual, si actuaba por necesidad o en forma libre. Partiendo de los datos revelados, trataban de esclarecer la noción de Dios, asentando la unidad, trascendencia, inmaterialidad y libertad divinas.

Santo Tomás fue el primer pensador cristiano que distinguió netamente la doble perspectiva en que se ubica el problema de Dios, la *teológica* y la *filosófica*:

—la primera parte del dato *revelado* aceptado por

la fe y trata de elaborarlo racionalmente, explicitando lo que Dios ha manifestado sobre sí mismo y sobre su obra, sacando así conclusiones que constituyen el saber teológico (*sacra doctrina*);

- La segunda parte del *ser* captado en nuestra experiencia concreta y al analizar sus principios y causas termina por descubrir a Dios como causa última y fundamento de toda realidad, apoyándose sólo en las fuerzas de la razón humana.

Son dos caminos *distintos*, uno descendente y otro ascendente; el primero parte de la palabra de Dios y se apoya en la fe; el segundo parte de la evidencia intelectual y se apoya en la razón. Pero el hecho de que sean caminos distintos no supone que haya *oposición* entre ambos; para Santo Tomás existe completa armonía entre ambos. Esta armonía no significa, sin embargo, confusión; la fe no anula la labor racional, sino que más bien la favorece; la razón no excluye a la fe, sino que más bien la ayuda a explicitarse.

b) *Existencia de Dios*

La labor teológica *supone* la existencia de Dios: desde el momento que toma por punto de partida la revelación divina, da por sentado que Dios existe. Los teólogos anteriores o contemporáneos de Santo Tomás consideran que esta verdad fundamental no necesita demostración: aun cuando exponen razones para mostrar la necesidad de la existencia de Dios, las aducen como confirmaciones que consolidaban algo indudable. Esta idea era explícitamente sostenida por autores como *San Juan Damasceno, Alejandro de Hales y San Buenaventura.*

Santo Tomás comprende que estos teólogos, profundamente creyentes, se han habituado tanto a considerar la existencia de Dios como la verdad primera que han

terminado por considerarla como una evidencia. Pero si fuese así, no habría *ateos*; y si bien en el mundo medioeval no era fácil encontrarlos (y si los hallaba se los tomaba por insensatos), la historia del pensamiento humano le mostraba que más de un filósofo había negado la existencia de Dios. Más aún, el mismo *Aristóteles* se había preocupado en demostrar largamente esta existencia, tanto en su Física como en su Metafísica, precisamente porque no le resultaba evidente.

A los argumentos aducidos por los teólogos que creen innecesaria una demostración de la existencia de Dios, Santo Tomás responde con delicadeza, buscando, como es su costumbre constante, salvar todo elemento positivo que podría encontrar en sus razonamientos. Por ejemplo, cuando aducen que esta verdad es *innata*, les observa que, en efecto, hay algo innato en nosotros por medio de lo cual conocemos la existencia de Dios, y es la luz natural de nuestra razón, pero que esto no significa que sea innato el conocimiento de que Dios existe. Cuando aducen que el hombre busca la *felicidad* y que ésta sólo se halla en Dios, anota que es cierto lo que afirman, pero que muchos tienden a la felicidad sin saber que ésta se halla en Dios. Si sostienen que la *verdad* existe y que Dios es la verdad, asiente a esta afirmación, pero hace notar que la verdad que conocemos surge de la evidencia experiencial, de la cual inferimos la existencia de Dios, pero que en esta vida no tenemos evidencia empírica de ella.

La raíz más profunda de estas posiciones estriba en una visión metafísica heredada de *San Agustín*, que a su vez se inspira en *Platón*, y que contrasta notablemente con la tomista. Para toda forma de platonismo, el ser es la *esencia*; cuando el Doctor de Hipona interpreta el texto bíblico en el que Dios revela a Moisés su nombre, "Yo soy el que es", lo explica diciendo que el Señor es "la suma esencia", que se distingue de las demás *esencias* en que es inmutable, mientras las demás son *cam-
biantes*. En esta perspectiva, el problema de la *existencia*

carece de importancia; basta comprender que las cosas mutables son perecederas y lo inmutable eterno para convencerse de que Dios es necesariamente.

En esta línea se ubica el célebre argumento de *San Anselmo*: Dios es lo más grande que puede concebirse; ahora bien, es más existir en la mente y en la realidad que en la mente sola; luego Dios existe. Este razonamiento tiene, para Santo Tomás, varios defectos que lo invalidan: en primer lugar, muchos filósofos han identificado a Dios con el universo, y es perfectamente concebible algo mayor que el universo entero; en segundo lugar, del hecho que concibamos a Dios como lo más grande no se sigue que exista en la realidad, sino sólo en nuestra mente. Por más que pensemos que algo existe en la realidad, mientras no comprobemos por experiencia que así es o lo demos demos a partir de la experiencia, esa existencia no pasa de ser una existencia pensada, no real.

Para el tomismo el objeto concebido por nuestro entendimiento es la *esencia* y ninguna de las esencias conocidas naturalmente por nosotros incluye al *existir*; más aún, el existir nos resulta inconceptualizable. Podemos, por ejemplo, comprender perfectamente qué es el ave fénix, pero no por ello podemos decir que exista; la realidad proviene del acto de existir que ejerce la esencia. Podemos incluso comprender que es inconcebible que Dios no exista, porque es el Ser necesario, pero no podemos, por ello, asegurar su existencia real. Para poder afirmar la existencia de cualquier ser, también de Dios, es preciso o experimentarlo o demostrarlo; y como la intuición del ser divino no se da en esta vida, no queda otro camino que recurrir a una demostración.

Siguiendo una línea distinta de la de los teólogos, los filósofos han hecho diversas demostraciones de la existencia de Dios. No significa esto que no haya *otros* caminos: más aún, para la mayoría las vías filosóficas son las menos accesibles. Pero Santo Tomás habla como metafísico y sabe que estas vías son las decisivas. En su elaboración, que es clásica, reduce estos caminos a cinco.

Todos ellos comienzan con un hecho evidente, captable por experiencia; sobre este hecho realiza una reflexión metafísica y concluye en la afirmación del ser divino, cuya esencia es el existir.

Primera vía: es un hecho evidente y experimentable que en el mundo hay seres que *se mueven*; basta observar a nuestro alrededor para comprobarlo.

Ahora bien, moverse es pasar de la potencia al acto: lo que se mueve está en *potencia* respecto a aquello hacia lo cual se mueve y el movimiento es una *actualización* de esa potencia. Pero lo que está en potencia *carece* de actualidad; si no, estaría en acto y no en potencia. Más aún, es contradictorio estar en potencia y en acto respecto a lo mismo (así lo frío está en potencia en relación a lo caliente y lo caliente en potencia respecto a lo frío, pero es imposible ser a la vez frío y caliente). Por ello la potencia, para pasar al acto, del que carece, debe recibirlo *de otro* ser que lo posea, o sea que esté en acto: todo lo que se mueve *es movido* por otro.

Pero si lo que se mueve es, a su vez, movido, es necesario que lo mueva un tercero y así sucesivamente. Sin embargo, no se puede prolongar *indefinidamente* la serie, porque en tal caso no habría un primer motor y si no hay un primero tampoco pueden haber motores intermedios, ya que éstos no mueven sino en cuanto son movidos por un anterior: sin un primer motor no habría movimiento.

En consecuencia, sin un primer motor que no reciba de otro el movimiento no habría movimiento; pero como lo hay, existe necesariamente un *primer motor* inmóvil, que posee de por sí el acto, y este ser es Dios.

Segunda vía: Hay en el mundo seres producidos, vale decir, *causados* eficientemente por otros: basta observar a nuestro alrededor para comprobarlo.

Ahora bien, ningún ser puede *causarse* a sí mismo, porque sería anterior a sí, lo que es absurdo. Para cau-

sar, debería existir y para ser causado no existir, y esto es imposible.

No es posible prolongar *indefinidamente* la serie de causas eficientes, porque, cuando hay causas eficientes subordinadas, necesariamente hay una primera, ya que la primera es causa de la o las intermedias y ésta o éstas de la última, que produce el efecto. Y como si se suprime la causa se suprime el efecto, si no hay una causa primera no hay intermedia o intermedias y no habría seres causados.

En consecuencia, sin una causa primera que no reciba su causalidad de otra no existirían seres causados; pero como los hay, existe necesariamente una *causa primera* incausada, que posee de por sí la causalidad: Dios.

Tercera vía: hay en la realidad seres que pueden existir o no, o sea que no existen necesariamente: basta observar la multiplicidad de cosas que comienzan a ser y las que se destruyen.

Ahora bien, no es posible que *todos* los seres revisitan esta condición, pues lo que no existe necesariamente ha comenzado a existir y por ello hubo un tiempo en que no existió: si todos los seres fuesen *contingentes* nada existiría actualmente, ya que lo que no existe no puede comenzar a existir sino por obra de un ser ya existente; luego hay algún ser necesario. Este ser o bien posee el existir de por sí o bien lo ha recibido de otro que lo posea así; pero como es imposible prolongar *indefinidamente* la serie, es preciso que haya un ser que existe por sí mismo.

En conclusión, sin un ser necesario que existe de por sí no existirían seres contingentes; pero como los hay, existe necesariamente un *ser necesario*, que participa a los demás el existir, y este ser es Dios.

Cuarta vía: vemos que los seres son unos *más* o unos *menos* buenos, verdaderos o nobles que otros y que esto sucede también con otras propiedades (pero no con las

esenciales, genéricas o específicas; no se es más o menos caballo o más o menos hombre; se trata aquí de las propiedades del ser).

Ahora bien, lo más y lo menos se refieren siempre a un *máximo*, que posee por sí la plenitud de la perfección y que la participa a los demás, porque cuando hay *grados* diversos de participación de una perfección, hay *composición* entre el sujeto participante y la perfección participada, que por ello no la posee de por sí, sino que ha sido *causada*, en última instancia, por un ser que la posee por esencia.

En consecuencia, como hay grados en las perfecciones del ser, existe necesariamente un ser que posee la plenitud de la bondad, la verdad y el existir: Dios.

Quinta vía: hay seres que carecen de conocimiento y que, sin embargo, obran *por un fin*, como es fácil verlo en la naturaleza, donde existe una notable regularidad en el obrar de estos seres.

Ahora bien, el obrar por un fin supone *intencionalidad*: si vemos, por ejemplo, que una flecha se dirige a un blanco determinado, sabemos que ha sido lanzada a él por un arquero que *conoce* el fin que se ha propuesto y que es capaz, por su acción, de lograrlo. Así que el obrar por un fin indica que hay un agente que posee inteligencia, que conoce el fin y los medios para alcanzarlo, voluntad ejecutiva y capacidad de acción.

En consecuencia, como los seres naturales que carecen de inteligencia obran por un fin, hay un ser que *los dirige* inteligentemente; y como la tendencia natural es intrínseca a cada ser, quien los dirige es autor de la misma naturaleza: Dios.

c) *Naturaleza de Dios*

Las cinco vías demostrativas de la existencia de Dios son cinco caminos que confluyen a una misma meta; y sus conclusiones nos anuncian ya cuál es su *naturaleza*:

- un ser que es *acto* de por sí, no recibe su actualidad de otro; es autónomo en su obrar y, como el obrar sigue al existir, es también autónomo en su existir, o sea existe por esencia: su esencia es *existir*;
- un ser que *causa* de por sí, no recibe su causalidad de otro; es autónomo en su acción causativa y, como la acción sigue al existir, es autónomo en su existir, o sea existe por esencia: su esencia es *existir*;
- un ser *necesario* que no recibe su necesidad de otro es autónomo en su existir, o sea que existe por esencia: su esencia es *existir*;
- un ser que posee el *máximo* de las perfecciones no las recibe de otro, sino que las posee de por sí; existe por esencia: su esencia es *existir*;
- un ser que *ordena* las cosas a su fin, dándoles la tendencia natural hacia él, es el autor de sus naturalezas, o sea su creador; pero el poder creador sólo lo posee quien tiene el existir por esencia: su esencia es *existir*.

La conclusión implícita en cada una de las conclusiones de las cinco vías es la misma: Dios es el *existir* por esencia. El existir es "la perfección de todas las perfecciones", que por ello mismo excluye toda imperfección; de ahí que no pueda haber sino un solo Dios; si hubiesen dos o más, se distinguirían en algo; este algo faltaría a otro, que por ello ya no sería perfecto y por ello no sería Dios.

La culminación de la búsqueda metafísica de la causa última del ser coincide con el dato revelado. Santo Tomás, tan parco en adjetivos, al subrayar que en la cima de la reflexión filosófica se descubre la esencia divina como idéntica al existir, exclama: "Esta sublime verdad es la misma que Dios enseñó a Moisés cuando

éste le preguntó por su nombre y el Señor le respondió: Yo soy el que es”.

Una anécdota narra que Santo Tomás, siendo niño, preguntaba a su madre: “¿Qué es Dios?”. Al fin de su carrera de filósofo y de teólogo obtuvo la respuesta: Dios es el *existir*. Pero a la vez comprendió que esta respuesta, absolutamente válida, es incomprensible. El existir escapa a todo concepto y a toda definición; lo que conceptualizamos y definimos son las esencias de las cosas, no su existir. Además, el existir de los seres que comprendemos es siempre el acto de una esencia: un existir subsistente nos resulta incomprensible. Por eso, sin duda, escribió esta frase sorprendente: “Al fin de nuestra investigación conocemos a Dios como desconocido”.

Conocemos la existencia de Dios, fundamento y causa de toda realidad; al demostrarla descubrimos que la esencia divina es el existir, pero no podemos conocer esa esencia. Esta confesión de la pequeñez humana ante la inmensidad divina no ha impedido que Santo Tomás haya dedicado muchas páginas a estudiar la naturaleza divina. Pero al comienzo de ellas ha inscripto esta advertencia: “Una vez que se ha conocido de algo que es, queda por investigar cómo es, para saber qué es. Pero como de Dios no podemos saber qué es, sino qué no es, no podemos estudiar cómo sea Dios, sino más bien cómo no sea”.

En otras palabras, nuestro conocimiento de la naturaleza divina es *negativo*. Esto no significa que no tenga validez; por el contrario, este conocimiento negativo es la cumbre más alta a la que puede llegar la mente humana. Pero se trata de alcanzar, por un camino indirecto, un objeto de por sí inalcanzable. En este punto Santo Tomás acepta la actitud neoplatónica del *Pseudo-Dionisio*, aunque corrigiendo su exarcebada concepción de la trascendencia divina, que en su contexto primitivo aparecía como distinguiendo a Dios del mismo ser. Podemos, por vía negativa, saber lo que Dios *no es*; tam-

bién podemos saber, por *analogía*, que las perfecciones halladas en las creaturas también se hallan en Dios, aunque de modo *diverso*. Con todo, lo poco que podemos alcanzar por estos caminos es de una riqueza tal que no vacila en dedicar lo mejor de sus energías a esta búsqueda.

Sus conclusiones son, en síntesis, éstas:

Dios, acto puro de existir, es *simple*: no hay en Él composición de materia y forma, como en los seres corpóreos, porque esta composición supone potencialidad; en consecuencia, no hay en Él corporeidad alguna, es puramente espiritual. Por lo tanto tampoco hay composición de partes cuantitativas, propias de los seres extensos, por ser inmaterial. Ni hay composición de naturaleza y sujeto, propias de los seres que participan una perfección, ya que es la perfección misma, el existir por esencia. Ni de substancia y accidentes, por ser la substancia potencia respecto a sus determinaciones accidentales, que en Dios no se dan. Ni aun de esencia y existir, ya que su esencia es el existir.

—Dios es *perfecto*: porque su esencia es el existir, perfección de todas las perfecciones, que las incluye a todas. Dios es bueno, ya que el ser es bueno en cuanto existe y Dios es el existir mismo. Es infinito, porque la finitud implica limitación y por ello imperfección; de ahí que, como nada lo limita, está presente en todo lo que existe, participándole el existir. Dios es inmutable, porque la mutabilidad indica un tránsito de la potencia al acto, que no puede darse en Dios, que es la plenitud del acto. Por ello Dios es eterno y no temporal: el tiempo es la medida del movimiento y Él es inmutable. Dios es único, porque su esencia es el existir, que es indivisible en sí y por lo mismo excluye que haya otro ser similar a Él, pues en este caso debería poseer algo que lo distinguiese del otro, y entonces este otro no sería Dios, por carecer de una perfección. Por fin, Dios es trascendente,

aunque esté presente en todo ser, porque es distinto de todo lo demás.

—Dios es *inteligente*, ya que la inteligencia es la forma superior del conocer, surgida de la inmaterialidad, y al ser absolutamente inmaterial posee en grado sumo la inteligencia y la inteligibilidad; por ello el objeto propio de la intelección divina es la misma esencia divina, en la que conoce todo, lo actual y lo potencial, lo inmaterial y lo material, lo real y lo posible, lo abstracto y lo concreto, lo universal y lo individual. Dios tiene *voluntad*, porque la voluntad sigue a la inteligencia; el objeto de la voluntad divina es el propio ser divino, bueno por esencia; por lo tanto, también, Dios es libre, ya que la libertad es propiedad de la voluntad. Dios es *omnipotente*, porque su poder no está limitado por nada, al ser infinito. La manifestación de esta omnipotencia es la creación: Dios es *creador*, pues el crear es causar al ser en su totalidad y esto es propio de quien es el existir por esencia, el único que puede participarlo produciendo el ser de la nada. Por fin Dios es *providente*, porque todo lo creado no sólo es conservado por su continuo influjo existencial, sino que este mismo influjo ordena todas las cosas a su fin: al participar a los seres el existir, les confiere también el obrar según su propio modo: a los seres carentes de libertad, el actuar en forma determinada; a los seres libres, el actuar libremente; por ello la misma acción libre de la creatura depende del influjo causal divino.

Todas estas perfecciones se hallan ciertamente en Dios; pero una vez asentado esto, debemos admitir que excede a nuestro conocimiento el saber *cómo*. Sólo podemos decir que en forma análoga a lo que descubrimos en los seres creados, con remoción de todo defecto y de modo eminentemente perfecto, identificadas con la esencia divina, que es el acto puro de existir. El saber humano termina su larga búsqueda de la verdad con un acto de humildad ante la insondable grandeza de Dios.